

JUAN EDUARDO CIRLOT

# NEBIROS

Edición y epílogo de  
Victoria Cirlot

 Siruela

Libros del Tiempo

# ÍNDICE

NEBIROS	9
NOTA A LA EDICIÓN	159
EPÍLOGO: EL MANUSCRITO PERDIDO	161
APÉNDICE: PÁGINAS CENSURADAS	173



Juan Eduardo Cirlot, Barcelona 1950

NEBIROS

*Para Juan A. Gaya Nuño*

Levantó la mirada aún perdida en el vacío interior. La estancia había ido quedando vacía y en la oficina solamente él continuaba, sentado ante su mesa, en la que confusos papeles se amontonaban, llenos de cifras y de signos. La luz eléctrica era débil y se confundía con la del atardecer, gris azulada, que penetraba por la ventana entreabierta. Grandes mapas de colores desvaídos y tétricos tapaban los muros; el techo, para disimular las vigas, había sido recubierto con el mismo papel de las paredes y el conjunto no expresaba más que una pobreza mal disimulada. Su mirada fue a posarse en los dos o tres retratos enmarcados que vigilaban desde distintos sitios la marcha de la organización comercial. Estaba tan acostumbrado a aquel ambiente que había superado incluso la indiferencia ante el mismo y se sentía vibrar al unísono con el menor de los objetos y muebles repartidos por la habitación. Pensó: «Es hora de salir de aquí». Se formuló el para qué de cada tarde, pero lo reprimió rápidamente. Tenía que adquirir dureza ante aquella situación fatal en la que permanecía preso. Nunca pensó que su vida tuviera que transcurrir por semejantes cauces, pero así era y rendirse a la evidencia era más conveniente que obstinarse en una lucha sorda. Abrió maquinalmente un cajón de su mesa y extrajo una revista de cine. Tenían acaso quince años de antigüedad las películas allá representadas o tal vez más. En una de

las páginas centrales estaba la fotografía de la actriz alemana Sybille Schmidt. Cuántas veces había mirado aquel retrato, en la página sombría cuyos bordes estaban amarillentos y roídos por el roce de sus dedos. En otra página estaba John Barrymore en el papel de Don Juan, con unas cejas afiladas a lo demonio y los párpados sombreados intensamente. Dejó la revista, sus dedos recorrieron el fondo del cajón, tropezando con los minúsculos efectos que allí yacían: plumillas, gomas, cabos de lápiz, etiquetas para libros de contabilidad. Todo estaba sumido en olor perpetuo, metálico, cuya obstinación le era odiosa y agradable, porque le recordaba a su padre, el cual, hacía años, le había acompañado al lugar, enseñándole sus obligaciones de empleado y futuro propietario del negocio. ¿Era posible que él no hubiese podido realizar nada para romper aquel sortilegio? Un sudor frío perlaba su frente y un antiguo pensamiento, muchas veces rechazado y olvidado, volvía a instalarse en su mente. ¿No había ningún signo extraño en él, que avisara a los otros de algo, de un destino especial; sobrenatural, decía la voz secreta, instintivamente? No. Era igual que siempre, el espejismo substancial en el que su juventud se había deshecho con lentitud y seguridad como bajo la acción de un ácido eficaz. Pesadamente, se puso en pie y se dirigió al lavabo, pero al llegar ante el espejo un movimiento instintivo le hizo retroceder sin mirarse y sin advertir siquiera la razón de su gesto. Era pronto para salir a la calle. Volvió a sentarse ante su mesa y sintió el deseo de hacer las paces consigo mismo, de aceptar otra vez el hecho de su sino y de repetirse, como en muchas otras ocasiones, que debía principiar por hallar exactamente cuál era su situación en la vida, qué aspiraciones tenía y a dónde pensaba encaminarse, con los medios que contaba. Pero, con más celeridad que otras veces, reprimió este anhelo de meditar; no era cansancio lo que experimentaba, sino más bien la sensación de que pronto iba a cambiar todo para él.

Cerró de golpe el cajón central de su mesa y se pasó nerviosamente la mano por la frente, luego se anudó la corbata y cerró la boca con violencia. Volvió a levantar la mirada y a pasearla por la habitación. Le pareció estar acompañado, no por los dos empleados que acababan de salir hacía poco, sino

por todas las personas que había conocido dentro de aquel recinto, desde el cual se había luchado por conseguir primero y conservar después una posición social. Un frío glacial le invadió súbitamente; nada de común tenía con quienes le habían precedido en tal tarea, con los que se la habían impuesto, acostumbrándole a ella antes de que tuviera tiempo de reaccionar y de entregarse a la mayor desgracia, para tratar de obtener la mayor felicidad. En el conjunto de la habitación le parecía advertir el signo de algo fundamentalmente insano y perturbador, el síntoma de una inmensa enfermedad humana. En el cuero gastado de los sillones, en la madera herida de las mesas, en los cordones eléctricos, sucios y retorcidos, en las maltrechas máquinas de escribir y hasta en el mismo cielo, visto desde aquella ventana, se veían las huellas seguras del mal que no le concedía descanso.

A pesar de sentir su acción dentro de sí, no hubiera podido definirlo, no sabía ni remotamente en qué podía consistir aquello que inutilizaba todo cuanto se hiciera en la vida, amargando hasta las raíces la belleza, la bondad, los impulsos generosos, la inteligencia y el esfuerzo del trabajo. Pero, aun ignorando la naturaleza de aquella entidad silenciosa, su presencia le era tan familiar como la de su propia efigie, al extremo de que ya no necesitaba pensar en tales cuestiones, sino que ellas maduraban obscuramente en su interior y, de este modo, su pensamiento recorría un doble cauce en el cual una vía no abandonaba nunca la labor de resolver el imposible problema, mientras la otra se entregaba totalmente al cuidado de lo cotidiano, para solucionar con precisión todo lo que surgiera con cariz amenazador o lo que correspondiera a la esfera profesional, si bien, en este campo, era desoladora la ineficacia de la mente. La rutina bastaba por sí sola para solventar cuantas dificultades parecieran surgir. Y las facultades superiores, retraídas, volvían a su mutismo perenne.

De un armario que había detrás de su asiento giratorio, tomó unos libros de contabilidad y se puso a sumar varias hojas que había pensado dejar para el día siguiente. La progresiva decadencia del negocio no le permitía tener empleados que pudieran descansarle de la labor maquinal de la administración



y, por otro lado, su desinterés hacia el aspecto remunerativo del comercio era tal que difícilmente hubiera podido evitar la ruina cada día más próxima. Mientras sumaba, pensamientos heterogéneos se mezclaban a las adiciones que realizaba rápidamente, pero temiendo equivocarse. Contrajo el rostro y desaparecieron las ideas ajenas a la mecánica de la suma. En aquel instante, sin saberlo, se sintió feliz. Otras veces había reparado en el fenómeno y se había extrañado de que, a pesar del indudable odio que sentía hacia aquello, solamente descansaba verdaderamente cuando el trabajo le absorbía al extremo de anular su personalidad. Ninguna diversión, ni siquiera el cine, que era su distracción favorita, ni la lectura aun apasionada en los escasísimos instantes en que había hallado algo que le hizo entrar en conmoción, le facilitaba una felicidad tan completa. Una vaga sonrisa flotaba entre sus ojos y su boca. Las líneas de cifras se iban formando bajo las columnas de pequeños números escritos con tinta negruzca. Terminó las sumas y permaneció un instante, un largo instante, como esperando una revelación. Se puso en pie, se dirigió a la puerta, y retrocedió. Sacando una llave de su bolsillo abrió la caja fuerte que estaba adosada en un ángulo de la habitación. Removió varios papeles, carpetas y cuadernos y, de entre ellos, extrajo una caja aplastada de cartón. Sentado nuevamente ante su mesa, desparrramó encima de la misma las fotografías y esquelas mortuorias que contenía la caja. Miró todos aquellos recuerdos como si hubieran pertenecido a alguien ajeno; sin embargo, allí estaba la esquila de su madre, en una estampa que representaba a Cristo crucificado, con los textos consabidos, aludiendo a la santidad de la muerta y a la resignación de los que quedaban, una fotografía de ella, con él cuando era pequeño y muchas otras familiares entre las cuales le era especialmente atrayente una en la que se veía la casa de campo que habían tenido hacía años, sumida en la arboleda. La fotografía había sido tomada en invierno y una niebla gris flotaba en la atmósfera presa en el exiguo cuadrado de cartulina.

Volvió a ponerlo todo en la caja y la cerró cuidadosamente, depositándola en el interior de la caja fuerte. Allí estaban también los balances de los pasados años cuando, en vida de sus

tíos y de su padre, el negocio había rendido mucho más de lo que pudiera esperarse de su reducida esfera. Contratos, pólizas y otros documentos se acumulaban en el fondo. Cerró la caja con una extrema sensación de asco, sintiendo el paso de los años gravitar sobre él, como si su corriente brumosa estuviera relacionada con aquella oscura caja. Entre sus innumerables costumbres represivas estaba la de olvidar voluntariamente su edad, impidiéndose tomar este dato en consideración alguna, del orden que fuera. Desde que resolvió pararse en el curso de los acontecimientos y dejar que todo fluyera a su alrededor, sin intervenir decisivamente en las cosas y sin organizar nada por sí mismo, la noción de su propia edad había dejado de tener sentido. Porque este se halla íntimamente relacionado con los programas que el hombre se propone y con las metas que va situando ante sus etapas progresivas. Ni amistades, ni amor, ni matrimonio. Menos, mucho menos, tener hijos. ¿El hubiera colaborado en aquella gigantesca obra de aniquilación? Nunca. ¿Para qué? ¿Para que un día, en una fecha incierta pero inevitable, otra u otras esquelas fueran a colocarse, coleccionadas en el mejor de los casos por otra mano familiar, junto a las de sus padres? La suya estaría allí; aquello no había dependido de él. Por esta causa no podía ni arrepentirse de vivir, pero desde luego no realizaría ni un solo acto que facilitara la entrada de otros seres sensibles y dotados de capacidad para amar y temer en un mundo totalmente inexistente. Hacía años, su pensamiento sobre la cuestión se había sintetizado en esta expresión. Lo que ha de morir está esencialmente muerto. Si algo tuviera verdadera vida, no podría morir. La muerte constante de todo prueba la fantasmagoría de todo. Por ello lo mejor era retirarse a un género de existencia totalmente indiferente a los movimientos generales de la vida y apartar de sí cualquier sentimiento que tendiera a encadenar su mente a algo, por insignificante que ello fuera. Sabía que esta decisión no podía ser cumplida de manera absoluta. Ahí estaban esas fotografías para probarlo; de ser totalmente consecuente con su doctrina las hubiera destruido hacía tiempo. También probaba lo contrario la revista de cine con la imagen de Sybille Schmidt. ¿Por qué la conservaba desde hacía tantos años, guardándola celosamente?

Evidentemente no estaba enamorado de un simple retrato. La sola idea le hizo sonreír de modo lúgubre. Acaso, en el momento en que él vio aquella imagen por primera vez, su pensamiento estaba en una disposición perfecta para el logro de algo que no recordaba ni remotamente. Y la imagen de la actriz cinematográfica era el mudo testigo de ello. De lo que sí se acordaba era de haberla visto en una película que versaba sobre la historia de un violín y de dos personas que se separaban y se encontraban, se volvían a separar y volvían a encontrarse. Finalmente se amaban y parece ser que, al final de la obra, se aludía a una futura vida en común. ¿Qué era todo aquello: encontrarse, separarse, amarse, vivir en común? ¿Es que era posible siquiera la menor de tales operaciones? En el fondo de su mente yacía la convicción indestructible de que nada podía aniquilar la soledad substancial de la persona. Ni el amor, ni la compasión, ni la nostalgia; ni vivir la realidad física, ni la espiritual o imaginativa. Todo era tangencia leve, figurada. El yo, como un cuerpo material dotado de tres dimensiones, era impenetrable a cualquier otro yo. Pero basta de disquisiciones.

Una temporada de su vida, bastante larga, pues duró algunos años, representó su esfuerzo por aclarar algunas de estas cosas. Leyó infatigablemente todo cuanto le fue posible, sin llegar en todos los casos a comprender bien los asuntos y las teorías que los libros desarrollaban ante su atención. Tenía poca memoria y una inteligencia vulgar, pero la intensa necesidad de conocimiento que le aquejaba le permitió conseguir resultados superiores a los que hubieran podido esperarse de un hombre como él. Pero luego se cansó de aquella tensión a la postre inútil. Se propuso perdonarse a sí mismo y cesar en el esfuerzo por sentirse inteligente; aquella sensación de estar en las orillas de las cosas y de las ideas no era desagradable, pero requería una fe que él no podía poner en nada. Entonces, poco a poco, fue cambiando sus lecturas y llegó un momento en el que solo se ocupó de las obras que trataban el sector reducido de su profesión. Un placer maligno le invadía al colocar tratados de contabilidad en el lugar en el que habían estado las grandes obras de filosofía y de historia de la cultura. Su costumbre de llevar libros a la oficina adquirió de este modo

una razón de ser; inconscientemente buscaba, se diría, el equilibrio con su ambiente, renunciando a la seducción de lo que por vocación le atraía, para conseguir adecuarse a su destino y que este le fuera menos penoso. Sin embargo, no era así. Pues cada vez sufría más con el contacto del mundo mercantil, de sus quehaceres y personas. Y la disciplina mental que se imponía no resultaba sino otro nuevo castigo, sobre el que la vida le había asignado.

«Es hora de salir», se repitió. Se acercó a la ventana y advirtió que la luz empezaba a tomar el tinte violáceo que señala el comienzo del anochecer. Cerró los postigos y se dirigió a la puerta. Ya en la escalera se puso a cantar como automáticamente hacía siempre al hallarse en aquel sitio, sombrío y solitario. Se complacía en cantar desafinando una especie de invenciones que no acababan de distinguirse bien de la música oída cuando frecuentaba las salas de concierto. Al llegar a la calle cesó de cantar. Empezaba a anochecer y las luces de los grandes faroles de hierro iluminaban, a trechos demasiado amplios, la estrecha calle por la que casi no pasaba nadie. En el pensamiento de aquel hombre se produjo un súbito enriquecimiento; la calle era para él mucho más que su propia casa, que la oficina, o que otra cosa alguna. Odiaba igualmente y por instinto la soledad y la compañía. No sabía adaptarse a los demás, ni siquiera a los que consideraba amigos que, hallados en medio de un impulso de alegría, le molestaban al extremo de serle intolerables unos instantes más tarde; por otra parte, el silencio era uno de sus grandes enemigos. Nunca pudo trabajar ni leer largo rato en una habitación silenciosa. Y la calle, o los lugares públicos, como plazas, paseos, tabernas o bares le deparaban el equilibrio entre la soledad y la compañía. Se sentía inmerso en la sociedad a la que creía detestar, pero no tenía que tolerar sus conversaciones, su contacto, ni sus miradas en las que, casi siempre, hallaba un matiz de ironía contra él.

La calle era una expresión magnífica de algo que sentía dentro de su mente y que le salvaba en parte de sí mismo; en ella se plasmaba la sensación de tránsito, de transcurso. Muchas veces se sorprendía realizando dibujos inconscientes en trozos de papel y con la mayor frecuencia esos diseños representaban calles,

caminos, puentes, todo cuanto significara salida de algo para dirigirse a otra cosa. Hubiera necesitado muchos años de estar meditando sin cesar, se decía, para averiguar con certidumbre el motivo de aquello, así como de todas las cosas que constituían su modo de ser, el espacio cerrado en el que permanecía, como dentro de un armario, sin poder salir jamás al exterior en el que muchas personas sonreían y en el que también otros muchos lloraban. Por no pertenecer al coro de los últimos había destruido la posibilidad de formar parte de los primeros. Evidentemente, había cortes en esa actitud; momentos en los que una luz relampagueante le mostraba un mundo distinto y, sobre todo, una imagen suya del todo diferente a la que habitualmente sentía tener. Pero no había nada que uniera entre sí esos puntos dispersos en el tiempo; si hubiese querido sistematizar su presencia y estudiar su aparición, hubiera comprobado con tristeza que no gozaba de más de uno o dos de tales instantes cada año, surgiendo libremente, con independencia de su voluntad y de cuanto le acabara de suceder; esto es, no veía medio alguno para cultivar su aumento. Andando lentamente, se dirigió por una callejuela hacia el paseo que daba al mar, invisible por una fila de edificaciones, pero cuya proximidad era segura y le confortaba. Las primeras estrellas aparecían en un cielo azul violeta. A lo lejos, las casas tenían una tonalidad gris blanquizca que les daba un aspecto irreal, idéntico al de algunas nubes que flotaban en el cielo, allá donde se reunían con la línea terminal de los edificios. Todo ello cruzado por cables eléctricos y postes que creaban como una vasta e irregular red que garantizaba la imposibilidad de saltar afuera.

Por el paseo transitaban algunas personas, que salían de sus lugares de trabajo o se dirigían al puerto, atraídas por la sugestión del viaje que nunca se realizará. Una brisa leve pero constante removía las copas de los árboles y el calor naciente de la primavera imprimía cierto carácter tropical a aquella zona de la ciudad. Andando por allí, aunque no se atendiera al mundo exterior, uno se sentía feliz. La mala costumbre era la de haber llegado a una modalidad de pensamiento tan compleja que insertaba en sí todo cuanto debiera haber sido objeto de meditaciones separadas. Él sabía perfectamente, no por haberlo es-

tudiado en tratados de psicología, sino por su experimentación interior, que el pensamiento podía pasar por los tres estados a que pueden estar entregados los cuerpos físicos. Había un modo aéreo, expansional, del pensamiento; manera rara que solo se producía en los momentos de éxtasis. Después habían los pensamientos cristalizados, sólidos, objetivos como la calle y los edificios, con solución de continuidad entre los temas y los conceptos.

Durante su época de vocación intelectual, su principal esfuerzo estuvo dirigido en aquella dirección; quería conseguir una escisión neta entre los contenidos y, sobre todo, disponer con autoridad y firmeza de su atención. Había leído que Napoleón tenía un cerebro semejante a un archivo. Que abría o cerraba sus cajones cuando quería, concentrando su pensamiento en un asunto determinado, que era completamente olvidado momentos después, cuando deseaba hacerlo, para dedicar igual potencia concreta a otro tema. Pero el cansancio destruía los frutos que lograba con esa educación. Y al cabo de unos días de mantenerse en la tensión precisa para establecer tal jardinería espiritual todo volvía a entremezclarse como en una selva oscura y el conjunto de sus ideas caía en un estado líquido o fangoso en el que flotaban restos de las más antiguas esperanzas, al lado de recuerdos recientes, de nociones concretas debidas a su trabajo, a la fugaz lectura de un periódico atrasado, a la visión de un letrado luminoso, etc. Desde que cedió a este estado interior, que se le fue imponiendo como inevitable, cada vez con mayores derechos, dejó de percibir el sentido dramático del universo, hundiéndose en aquella indiferencia semejante a la de aquel que padece una enfermedad incurable que empieza a llegar a su etapa final. En el fondo, él se trataba con la consideración debida a su mal y evitaba cuidadosamente todo lo que pudiera emocionarle en demasía. Si conseguía realizar con éxito su trabajo en la oficina no era porque allí lograra aclarar su pensamiento, sino porque la costumbre le permitía sumar, escribir o calcular mientras seguía sumido en aquel sistema incoherente, lacio, no desprovisto de compensaciones, ya que, por su proximidad a los sueños, le deparaba en los momentos más insólitos visiones con las que

no hubiera contado, así como algo indeterminable, que podríamos comparar a una música de fondo, o a la presencia de un ser querido en una habitación, a nuestro lado, presencia que deseamos y nos sostiene, aun cuando no hagamos ningún caso real de la persona en cuestión.

Al acercarse al puerto, la calle se iba abriendo progresivamente a la presencia del cielo; él no lo advertía, ni lo miraba, pero sentía que era así. Contemplaba los tranvías, los autobuses muy iluminados de dos pisos, y sonreía como el que asiste a una sesión de magia blanca. «Nada de esto existe», parecía pensar. Pues él, que ponía en duda su propia existencia y la de su alma, creía decididamente que la suma de todos los demás era una sombra, por lo cual es obvio decir que el mundo no personal le parecía la máxima de las ilusiones. La naturaleza era aun más absurda que la ciudad. En esta última, la formulación según un plan de las calles y de las casas infundía cierta realidad al conjunto, aunque evidentemente este tenía el cariz innegable de lo que está llamado a desaparecer y pronto; pero el campo, las montañas, las plantas, etcétera, aquello sí que no era más que una falsa y odiosa decoración de teatro, pintada por un pésimo artista de tercer orden, que estaba pidiendo la acción de un rayo gigante que la partiera en dos, para descubrir lo que se hallaba detrás de semejante telón. El hecho de que la tierra se pudiera tocar y pisar, de que la materia física opusiera resistencia al cuerpo, no solo no aumentaba su certidumbre sino que la disminuía inverosímilmente; lo real era aquella voz vacilante, débil, confusa, casi destruida que, dentro de él, hablaba y miraba como un reflector sobrenatural. Todo lo que circundaba y oprimía aquello era lo falso, lo maldito, lo que había que tolerar a disgusto, por un tiempo desconocido, para una finalidad también ignorada.

Movió bruscamente la cabeza y miró fijamente a dos personas que se le acercaban. Eran dos muchachos jóvenes que a lo sumo tendrían unos veinticinco años, morenos, de ojos negros y brillantes, relativamente mal vestidos, con aspecto de ser obreros, pero sin demasiado aire de cansancio ni rastros de suciedad debida al trabajo. Sonreían volublemente y se miraban entre sí como si uno de ellos fuera una muchacha. Parecía que,

de un momento a otro, se iban a detener y a abrazar en plena calle. Pasaron rápidamente sin mirarle, casi sin verle. Él anduvo todavía unos metros en aquella dirección, luego giró a la izquierda y, penetrando por una especie de callejuela que pasaba entre los almacenes portuarios, se dirigió al muelle, obedeciendo a un impulso que, en ocasiones, le empujaba hasta las inmediaciones del mar, del «mar inaccesible», como había leído en un poema anterior a la Biblia. Vagaría un rato por allí antes de ir a cenar. No es que tuviera la impresión de que algo especial sucedería aquella noche. Tales esperanzas absurdas habían sido desterradas de su imaginación, cruel pero certeramente, desde hacía años. ¿Para qué buscar una compañía que le iba a pesar al cabo de unos días o de unas horas? Tan solo una vez en su vida experimentó lo que era la vida en común con una persona. Fue en los días de euforia que le invadieron a la terminación de su servicio militar. Su padre le había enviado dinero, creyendo que aún tendría que permanecer un mes en la ciudad donde se hallaba. Decidió gastarlo en una semana, pero en compañía de alguien. En un bar encontró a una muchacha alta, rubia, que le invitó a fumar a cambio de que él pagara su aperitivo. Una hora más tarde estaban de acuerdo en permanecer unos días en el hotel de un pueblo cercano, en plena montaña. La espantosa tortura que representó resistir a aquel ser humano, como persona, cuando había interesado solo como cosa, fue superior a lo previsto y al cabo de dos días tuvo que marcharse de allí, con la sensación de no poder superar el muro de hierro que le circundaba perpetuamente.

En el puerto había el movimiento originado por la salida de algunos barcos que se dirigían a puntos diversos, pero no lejanos. Grupos de gente animada se formaban cerca de los puestos donde se revisaban los documentos y se verificaba la carga de los equipajes. Despedidas calurosas o correctas terminaban las conversaciones cuyo tema era el mismo en todas partes. Paseó entre los viajeros como en busca de algo, bebiendo la expresión de sus rostros, los cuales, por lo general, revelaban una beatitud sin trascendencia, parecida a la de algunos bebedores a la segunda o tercera copa. ¿Por qué viajaba la gente? Cambiar de lugar era como cambiar de traje; perfectamente



inútil. Y más cuando el objeto del viaje se hallaba solamente a unos cuantos cientos de kilómetros del punto de partida. Tal vez tuviera algún interés viajar cuando el punto de arribada fuese verdaderamente lejano. Llegar a los extraños puertos del Extremo Oriente, a la hora del amanecer, en aquella atmósfera lechosa que había visto algunas veces en el cine, oír cantar en idiomas incomprensibles y sentir un clima distinto. Al descender a la ciudad, buscar mujeres de tez oscura, con flores amarillas en el pelo, las cuales estarían en ligeros edificios de madera, detrás de persianas y biombos con flores pintadas. Beber algo de alcohol helado e intentar hacerse comprender por aquellos seres parecidos a peces o a pájaros. Tocar suavemente sus manos, su garganta, sus piernas del color canela amarillenta, ceñidas por toscas pulseras de cobre o de plata. Y huir luego. No acostarse con ellas en rincones calientes, oliendo a paja y a menta. Irse a un lugar tranquilo, pintado de blanco, con agua corriente y un armario donde colgar los trajes sacados de la maleta y tal vez algunos libros. Volver a leer cosas bellas. Leer lo que se estaba viendo, para poder vivirlo. ¡Ah, esto era lo terrible!, había llegado al punto central de todas sus discusiones interiores, al nudo podrido de su alma. ¿Por qué leer lo que tenía delante de él, ante sus ojos y sus manos, pidiendo ser vivido directa, intensamente? ¿Por qué buscar en las páginas lo que turbaba el corazón solicitando palabras de afecto, ternura, interés tan solo? Sin embargo, aunque él hubiese llegado, vestido de blanco, rejuvenecido, a aquellos puertos lejanísimos, sabía que no por ello habría podido alterar el curso de su destino. La misma fatalidad de aguas inciertas, uniéndose en su mente como ropas oscuras y tenaces, la misma insolidaridad inicial para con todo se habría apoderado de él, recluyéndole en el hotel, con la amargura además de no tener oficina en la que trabajar, en un trabajo odioso, rodeado de hombres detestados, y con el pensamiento lleno de fuego frío. La ciudad a la que llegara, al cabo de unos instantes, sería exactamente idéntica a la que ahora habitaba. Nada era diferente. Todo era lo mismo, porque todo era él. Se frotó los ojos y se arañó ligeramente en la frente para cambiar el curso de sus ideas. Atravesó el puerto hacia la zona donde se apilaban

las mercancías en grandes sacos de forma regular, de los cuales salía un penetrante olor a productos químicos. Le gustaban los olores desagradables; por esto permaneció largo rato transitando por entre las grúas y los montones de sacos. También había carbón y paja apilada. Con gusto se hubiera tendido al lado de aquellas grandes aglomeraciones de materia, o se hubiera sentado, apoyada la espalda contra ellas, mirando las aguas sucias del puerto, donde la grasa ponía tornasolados reflejos, interrumpidos por el detritus que flotaba sobre ella. A lo lejos había alguna luz, marcando la línea de la escollera. Iría con placer a recorrerla, sino representara un cansancio excesivo, pues estaba a más distancia de la que parecía desde allí. El puerto no daba la sensación de libertad de la que algunos habían hablado, sino de todo lo contrario. Allí se hacía patente que el movimiento estaba fatalmente determinado por unas cuantas posibilidades, las de recorrer la superficie de una esfera, y el regreso, la idea del retorno dominando, desde el principio, la partida.

Con sensación de asco pensó en la gente que cree en la posibilidad de las aventuras, en los que huyen de las calles, de las tabernas, de las pensiones, de las personas de una ciudad, para ir a parar a las calles, a las tabernas, a las pensiones y a las personas de otra ciudad. Además, si lo que interesaba era salir, moverse, actuar, trasladarse a otro sitio no podía valer más que si ese lugar era absolutamente transitorio, mero punto de apoyo para un nuevo salto, para llegar a otra ciudad, a otro país, del cual se tendría que salir rápidamente, del mismo modo, para proseguir así indefinidamente y encontrar el sentido que se buscaba. Cambiar para permanecer era inútil. Esta idea, mantenida con firmeza en su cerebro, le había vedado entregarse a la tentación de huir. A la muerte de su padre, que siguió a la de su madre en pocos meses, y al encontrarse con algún dinero en propiedad total, pensó por un momento en cerrar la repugnante oficina de sus antecesores y partir para un lugar desconocido. Paseos por el puerto como el que estaba dando le convencieron, por medio de la meditación indicada, de que era inútil intentar escapar en el espacio. Entonces se habló a sí mismo de la muerte.